

CAPITULO V.

Dale Guzman á Chirinos ochenta castellanos y mil auxiliares, para que pase á descubrir la tierra del Norte; entra el día de la Encarnacion del Verbo, en Tonalá; recibelo la cacica de paz, y estando comiendo se tocó alarma.

1. Despues que D. Nuño de Guzman hubo reducido las poblaciones del valle de Coynan y Cuitzeo, puso un fuerte en el estrecho de Jamain, para asegurar la entrada de indios bárbaros, que aun en tiempo de la gentilidad hostilizaban á los de dicho valle, y pasó con su ejército á Pontziltan, en donde hicieron mansion por algun tiempo, así por lo deleitoso y ameno, como por lo bien que los regalaba el cacique de dicho pueblo, que despues se llamó D. Pedro Ponce: desde allí, los soldados hacian sus entradas á los pueblos comarcanos, como son Cuyutlan, Cuezcomatiltan y Tlaxomulco, con sus agregados, y los religiosos entraban y salian haciendo mucho fruto: el cacique Coyolt, señor de Tlaxomulco, le envió á Guzman su embajada con los capitanes Totoc, Pitaloc, Capaya y Pililí, con mucho acompañamiento y cuantioso regalo de mantas, aves, frutas y maiz, dándole la obediencia.

2. Era este pueblo recién fundado de los mismos naturales de Tonalá y sus contornos, cuya fundacion el señor cacique de Tonalá concedió á dicho Coyolt y á sus capitanes pocos años ántes, por las hazañas que hicieron los referidos capitanes en defensa de su provincia, que se vió asaltada por los tarascos, en cuya batalla quedaron muchos prisioneros, y los mas muertos: tambien ocurrieron los caciques de los pueblos

de Tlaquepaque (que hoy es el de San Pedro), Tololotlan, Coyula, Zalatlán, Ate-maxac, y Tetlan; y confiriendo entre sí lo conveniente, sin dar parte á la señora cacica de Tonalá, que tenia imperio en toda la provincia, acordaron ir á dar la obediencia á nuestro Guzman por lo que pudiera ofrecerse, llevados del temor que concibieron de lo que oian de los españoles, lo ventajoso de sus armas, la ligereza de sus caballos; y dijeron que su señora era viuda, y gobernaba por un hijo suyo menor; que era muy imperiosa, y que no tomaba consejo; por lo que, conociendo que habia de pretender resistir su entrada, para que si algo se ofreciese no les culpasen, se anticipaban á darle la obediencia, como lo habian hecho los de Tlaxomulco. Esta cautelosa anticipacion de vasallos, sin el beneplácito de su señora, puso en cuidado á Guzman, y le obligó á proceder sobre aviso; y dió providencia para que no se hiciesen tan francas correrías, y determinó que parte de su ejército saliese para el Norte. Dióle de conducta al capitán Pedro Almendes Chirinos treinta hombres de á caballo, cincuenta infantes, y mil mexicanos y tarascos, con los competentes víveres y municiones; dió orden para que entrasen por el valle de Acatit, Tzapotlan y Chichimecas (que hoy es Lagos), y se internase sesenta ó setenta le-

guas, solo reconociendo la tierra, dando noticia á sus habitadores del fin con que se hallaba en ellas con tan poderoso ejército, que era el de darles á conocer al verdadero Dios, y reducirlos á la vida política y sociable, sin quitarles sus bienes, tierras, cacicazgos y libertad; y sin detenerse diese vuelta por el Poniente y fuese á reconocer la costa del mar hácia Tepic, en donde se incorporarian: habiendo salido Chirinos determinó Guzman hacer alarde de su gente, ponerla en marcha, y remitió su embajada á la cacique de Tonalá, quien luego se alteró, y mas al oír que dentro de dos dias determinaba Guzman visitarla en su corte; puso dificultades pretextando formar junta de sus capitanes, y conferir tan grave asunto; mas el embajador instó, ponderando por una parte la arrogancia de los castellanos, y por la otra la blandura y suavidad con que trataban á los que les recibian sin resistencia, de que eran buenos testigos los caciques de Coynan, que no padecieron lo que los de Cuitzeo, que quisieron resistirle, y que podia informarse de los de Tlaxomulco, con quienes tenia amistad, y que no temiese los auxiliares tarascos que le acompañaban; ántes sí, debian de alegrarse de la paz perpetua que ya tendrían, como la ajustaron con los de Coynan.

3. Oido lo referido, respondió se le dijese al general, que fuese enhorabuena, que ella era mujer, que de su parte ofrecia todo el reino que de su hijo administraba, á la obediencia de un tan gran señor, como el emperador, que á su casa venia, en donde seria bien recibido, pero que le suplicaba no entrase tan breve como intentaba, porque queria comunicar con sus deudos principales y capitanes comarcanos, sus súbditos, materia de tanta gravedad; que ella les daría noticia de sus atenciones y de todo el contenido de su embajada; que no

dudaba harían lo que ella, como mas interesada, tenia resuelto; pero que era bien se aprontasen para recibirle como merecia: despidió la embajada, y luego trató de juntar su corte, y dándose por desentendidos los demas que ya habian dado la obediencia á Guzman, se dieron por sentidos de la despótica resolucion de su señora, diciéndole que en materias ménos graves consultaba siempre su señor difunto ántes de resolverlas, y que así era ociosa la consulta.

4. Mas ella, con ceño mas que mujeril, les corrigió la entereza de la reconvenion, y les dijo: yo soy mujer, y haré como tal; mas entiendo, que querais ó no, los castellanos han de entrar, porque yo he dado el sí, y prometido seguro. Volvió la espalda, y con señorío de matrona, trató de aderezar la casa para el alojamiento, y prevenir, no solo los bastimentos necesarios, sino los oportunos regalos: Guzman, que no aguardó la respuesta de su embajada, movió su campo, y el dia siguiente se puso á la vista de Tonalá; y avisada la cacique, salió con todos los suyos á las canales de su corte; y por estar en parte eminente, vió que el lucido ejército de los nuestros estaba en el valle dilatado, que hoy llaman de San Martín, no amontonados los indios auxiliares mexicanos y tarascos, como acostumbraban salir á sus batallas, sino en filas, escuadradas con toda orden, bien adornados de plumería, que deleitaba la vista y daba horror á los contrarios, divididos en dos alas, dando lugar á la infantería y la caballería por delante, que iba tan ufana como que nada recelaba adverso; y como vieron que de Tonalá los miraban, se formaron con destreza, y de orden del general hicieron una plausible salva con los pedreros y mosquetería; de suerte que los capitanes y demas gente que acompañaban á la cacique se sobresaltaron, y al ver está la copiosa mul-

itud de flechas que poblaron el aire, sonriéndose, dijo á los suyos: «ahí teneis á la vista á los castellanos, considerad si os hallais en ánimo de resistirles;» admirados los indios y encogiéndose de hombros, dijeron á su señora: «mas es aún todavía lo que vemos que lo que se nos habia ponderado, no hay otra cosa que hacer que recibirlos;» y luego comenzaron con rendido comedimiento á despachar correos á todos los pueblos comarcanos, para que trajesen aves, huevos, conejos, liebres, venados, guajolotes, codornices, miel, fruta, maiz, y cuanto la tierra producía de regalo; y viendo la cacique que el campo hacia alto en aquel valle, pasó á disponer un competente refresco, que con algunos capitanes le anticipó al general, diciéndole haberse alegrado de haberle visto tan cerca, que el día siguiente le esperaba.

5. Con la noticia que se dió á los pueblos de la pronta entrada de los castellanos, se alteró la plebe culpando á los caciques por la resolución, sin consultarles de ella, y en aquella noche hicieron su convocatoria, para que el día siguiente al amanecer, se hallasen en la plaza de Tetlan: los caciques bien conocieron el tumulto, y, ó porque no eran capaces de resistirlo, ó porque quisieron probar el efecto que produciría, lo disimularon, de suerte que ni á su señora le dieron noticia, ántes sí se mostraron comedidos en los obsequios que se prevenían. Quien tuviere experiencia de los indios, sabe que ninguna resolución que tomen es con sinceridad, siempre con unos están propicios, y al mismo tiempo en otro teatro explican su renuencia, y reservan su última determinación para apoyar el efecto; así lo hicieron en esta ocasión, pues se anticiparon á dar la obediencia á Guzman, y tuvieron á mal la que dió su señora: muéstranse comedidos para recibir á los nues-

ros, y dejan que la plebe haga oposición, procurando neutralidad para declararse por la parte vencedora.

6. El día siguiente, que fué el 25 de Marzo de 1530, se vió el Sol Jesucristo en el cielo de Tonalá, en la cruz de los estandartes, que los nuestros colocaron en la cima de aquella corte. Tonalá quiere decir lugar del sol, ó porque los orientales veían que allí era su ocaso, ó porque los occidentales le veían nacer en aquella altura, dando primero sus rayos en la población que en los demás valles, así como México se interpreta lugar de la luna; y en este día se anunció en lo principal del reino de la Nueva-Galicia la mejor embajada, rayando el sol que desterró las tinieblas de la gentilidad. Salió la señora de esta provincia con más de tres mil doncellas y mancebos, á recibir á los castellanos, ella, con señorío y demostraciones corteses, y los demás con bailes y festejos; y al mismo tiempo que la cacique, á los piés de Guzman le ofrecía una guirnalda de flores y un curioso xochil por centro, en señal de obediencia, sus capitanes subyugaron la cerviz á los que hacían corte al general, echándoles al cuello sartas de conejos y codornices, como era uso de la tierra; y después de los cumplimientos, pasaron á una ramada formada en la plaza, á continuación de una ceiba (árbol grandioso que había en ella), porque las casas no eran tan amplias ni tan unidas como convenía para el recibimiento de tanto número de castellanos; quedáronse en la plaza los soldados gozando de la variedad de danzas, y la cacique entró en su casa á Guzman y á los principales capitanes que le hacían corte; las tropas auxiliares de mexicanos y tarascos se esparcieron por las calles, y porque no hiciesen daño, estaban de antemano apercebidos con pena de la vida al que lo intentase, cuya orden la tarde ántes se había pu-

blicado en diversas lenguas, en el valle de San Martín, en donde se formó el Real á la vista de Tonalá, dando motivo á esta providencia la última embajada de la cacique, que contenía su prontitud y gusto con que el día siguiente franqueaba á los nuestros su corte.

7. En la misma plaza á los castellanos, y en las mismas calles á las tropas auxiliares, se disponían las mesas en buena orden, cubiertas con bien tejidas y delgadas mantas, y en ellas variedad de frutas, tamales de frijol, venados asados, liebres, perdices, conejos, guajolotes en temole, que se guisa en pipian con chile negro (que son los pimientos), y tomates y pepita de calabaza, tortillas calientes, cacao frío, pulque, y otras bebidas que ya los castellanos conocían y usaban, tinajas de agua fría y limpia, con abundancia de jarros ó búcaros de diversas formas, muy olorosos.

8. Estando así todos alegres y descuidados, ufanos de verse tan festejados con tan buena voluntad, unos comiendo y otros bebiendo, les acibaró el gusto las confusas voces que oían de las auxiliares tropas que estaban hácia la parte del Poniente de Tonalá: *á la arma, á la arma; traicion, traicion*: repetían, y de unos en otros llegaron con mas estruendo las voces á oídos de Guzman y de sus capitanes, quienes arrojando las mesas y empuñando las armas, quisieron matar primero á los caciques que servían las viandas. Volvió Guzman el rostro á la señora, y con severidad é indignación de ofendido, le dijo: ¡mujer al fin! ella, aun-

mutación del semblante y ademanes, se le culpaba, y temió en su persona algún ultraje; pero ni se alteró ni se asustó, ántes con bizarro denuedo y semblante benévolo, puso ambas manos en el pecho de Guzman, diciéndole (aunque en su idioma): «sosegao, señor, que yo soy mujer, y con estar á vuestro lado nada me asusta, teneis un ejército tan copioso, tan lucido y tan bien pertrechado, que sin moveros ni incomodaros, podeis dar orden, y yo también la daré á los míos, para que castiguen la osadía de los que, faltándome al respeto, os inquietan.» Luego, por los muchos intérpretes que al lado de Guzman se hallaban, le enteraron de lo que la cacique decía, y de lo que los caciques de Tonalá referían á su señora, sobre que la plebe de Tetlan, Coyula y demás comarcanos, ofendidos de que sin darles parte se hubiese resuelto la entrada de los castellanos, habían cogido las armas. Bien entendieron Guzman y sus capitanes las órdenes que la cacique daba á los suyos, para que con toda prontitud saliesen á castigar aquel atrevimiento; pero Guzman, como sagaz y prudente, les dijo: «eso no, si vosotros no sois participantes en el hecho presente, no os movais; ántes dad orden á todos los que me han dado la obediencia para que dejen las armas, porque desde ahora ordeno que al que se viere con ellas, le quiten la vida, sin que le valga el pretexto de cogerlas en nuestra defensa, la que no necesitamos, ni la acepto; y así, quedaos con vuestra señora, mientras que con algunos de los míos salgo á castigar tal atrevimiento.»

